

“LA DECADENCIA DE LOS PODEROSOS (1)”

Alina Castro, la hija de Fidel que abandonó Cuba en 1993, ha formulado unas sorprendentes declaraciones a un popular rotativo europeo cuyo nombre no recuerdo. No conservo la referencia que publicó ABC a mediados de noviembre. Conocí a la hija del dictador en la década de los noventa durante la celebración de una corrida de toros en el Monumental de las Ventas.

La pura coincidencia motivó que fuésemos vecinos de localidad y que un amigo común – Antonio Álvarez Barrios – nos presentase.

Alina me pareció discreta, atractiva sin alharacas, dulce, pausada y por completo ajena a los temas políticos.

Nuestra ocasional conversación se circunscribió a consabidos aspectos de nuestra fiesta nacional, algunos de sus perfiles más significativos y también en torno a mi natural intento de saciar su curiosidad calificando parte de lo que allí estaba sucediendo. Me dejó muy buena impresión. No volví a saber nada de ella. Ni siquiera a través de los medios de comunicación hasta que, de repente, hace unos días, me topé en ABC con la noticia de sus insólitas declaraciones que me hicieron recordar nuestra intrascendente conversación en un tendido de Las Ventas en una tibia y plácida tarde otoñal.

¿Casual coincidencia o llamada del Espíritu a lo que ya estaba siendo objeto de mi atención a través de Pedro Rejero?

Veamos, pues, lo que nos expuso Rejero en una de sus predicaciones y lo que nos refirió ABC sobre las recientes declaraciones de Alina.

En un recientísimo libro de María Jesús Casares ⁽²⁾ Reyero nos dice que “el instante supremo en que el hombre no puede nada, el momento de la muerte, es el tiempo en que mucha gente recupera la fe y la voluntad de Dios y se pone en su manos, aunque sea porque no tiene más remedio” ⁽³⁾.

Leyendo y meditando ésta y otras muchas afirmaciones no menos profundas de Pedro y María Jesús cayó en mis manos un ejemplar del número de ABC que recogía un resumen de las manifestaciones de Alina. No importa no tenerlo a mano porque se trataba de una noticia de agencia. Recuerdo muy bien sus cuatro ideas matrices: su padre, Fidel Castro, estaba muy grave. Su vida se estaba extinguiendo. Sólo pensaba y hablaba de Dios. Las demás cosas que habían constituido hasta ahora su obsesión (Cuba, sus ciudadanos, su futuro) ya no le preocupaban. Contestando a un hipotético entrevistador, Alina declaraba que todo esto no le producía la menor extrañeza. Castro se había educado con los jesuitas en Santiago.

Lo que dice Reyero va precisamente por los mismos derroteros. Es “el momento de la muerte el tiempo en que mucha gente recupera la fe y la voluntad de Dios”. Esta recuperación de la fe al tiempo en que consideras como próxima tu hora final, cuando ya nada puedes hacer por ti mismo, implica también una reconquista de todos los valores que la acompañan entre los que sobresale el pleno acogimiento de la misericordia divina.

Exactamente fue esto mismo lo que le aconteció a Manuel Azaña, último Presidente de la II República española, que falleció en el exilio de Montauban en noviembre de 1940, besando tres veces consecutivas el crucifijo que Monseñor Theas le presentaba al tiempo que, hecho un mar de lágrimas dijo cada una de las veces: “Jesús, piedad, misericordia” ⁽⁵⁾.

Mientras que la situación espiritual de Fidel Castro depende de la veracidad del testimonio de su hija Alina y del rotativo que lo ha recogido, no puede decirse otro tanto con respecto a Azaña. El prestigio del profesor Suárez Verdaguer ⁽⁶⁾, el objetivo cientifismo de su método histórico – nadie podrá achacarle una proximidad ideológica a Azaña – ⁽⁷⁾ la calidad de los testigos que invoca ⁽⁸⁾, la aceptación de lo expuesto por su cuñado e íntimo amigo Cipriano Rivas Cherif perseguido y prisionero de Franco ⁽⁹⁾, la contundencia de lo escrito en tres diferentes Boletines Eclesiásticos y en un artículo de un jesuita sin tacha, ⁽¹⁰⁾ avalan, sin ningún género de duda razonable, la absoluta conversión de Azaña, antes de expirar y en estado de plena consciencia.

Pero volvamos a Monseñor Pierre Marie Theas a la sazón obispo de Montauban y posteriormente de Tarbes-Lourdes. Hoy, o al menos hasta hace cinco años, vivía retirado en Nuestra Señora de Betharran, de Lastelle-Nay, Pirineos Atlánticos.

El último verano, hablando en Anglet, con un viejo amigo judío francés de la Guerra 39-45 inevitablemente surgió la cuestión de cómo había podido salvarse de la persecución nazi habida cuenta de la desaparición del concepto “zona libre” a partir de noviembre de 1942, cuando los norteamericanos desembarcaron en el Norte de África. Me contestó que toda la familia y otros muchos judíos que transitaban por la zona se acogieron a la inagotable caridad de Monseñor Theas de quien su padre era muy amigo. El obispo no sólo los preservó de la obsesión exterminadora nazi sino que configuró las cosas de tal suerte que durante su período de ocultamiento todos los acogidos pudieron gozar de servicios religiosos judíos habilitados por los buenos oficios de Monseñor. “Theas era lo que vosotros cristianos conocéis por un auténtico santo – añadió –. Mi padre, que era un

verdadero practicante judío estuvo a punto de convertirse al catolicismo. No lo hizo por la anormalidad de los tiempos. Consideraba que, estando a resguardo, debía solidarizarse con sus hermanos de religión que estaban siendo buscados como alimañas.

Conocí hace tiempo el episodio de los cinco encuentros Azaña-Theas, a instancia siempre de Azaña, y como consecuencia del periódico tañer de una campana, la campana de la catedral de Montauban, cuyo sonido le recordaba otro frecuente y distinto, tantas veces oído, en la Universidad escurialense María Cristina donde, bajo la batuta de los frailes agustinos, se inició en el difícil acomodo de sus actos a las normas del Derecho Natural (11).

Pero ahora, después del testimonio de mi amigo Maurice todo cuadraba como en las periódicas puras. Si Theas era un santo nada de extraño tienen sus múltiples y reiterados testimonios orales y escritos, a instancia de la familia Azaña, de los investigadores de la verdad o de cualquier curioso pasajero. Tampoco lo tiene su inextinguible paciencia para volver sobre el tema una y otra vez, su minuciosidad para analizar toda clase de detalles, casar aparentes contradicciones y añadir a los hechos desnudos sus propias impresiones. Veámoslo. Primero en cuanto a los detalles: “Los ojos húmedos por las lágrimas cuando cogió el Crucifijo lo arrebató de mis manos y se lo llevó a los labios, besándolo amorosamente tres veces y diciendo cada una de ellas: Jesús, piedad, misericordia”. Segundo, en cuanto a los hechos: “Respondió en latín a las oraciones de la Extremaunción y recitó el confiteor. Se asoció a las invocaciones que yo le sugería: “Jesús, José, María, etcétera”. “El consulado de México pagaba los gastos del hotel en Montauban. Por esta razón México impidió el entierro religioso”. “La recepción de buen grado del sacramento de la Penitencia, la negativa de las personas que le acompañaban a que le llevara el

viático, (“eso le impresionaría”) “mi insistencia no tuvo resultado”. “La noche del 3 de noviembre, delante de sus médicos españoles, de sus antiguos colaboradores y de la señora de Azaña le di la Extremaunción y la indulgencia plenaria al moribundo, en plena lucidez”.

Tercero, en cuanto a sus propias impresiones: “el presidente Azaña tenía una fe real” (12).

De todo cuanto antecede se deduce que la personalidad, persistencia y prestigio de Theas son más que suficientes por sí solas para probar la conversión de Azaña.

No obstante vamos a concluir con otro testimonio de peso: el de Emiliano Aguado quién al decir de Federico Suárez no sólo era el autor del “primer estudio de conjunto realmente serio sobre Azaña cuando se publicó en 1972 sino que incluso también el mejor hasta ahora” (año 2000 publicación del libro de Suárez Verdager) (13). Pues bien, Aguado ratifica en lo esencial nuestro anterior relato y concluye su magnífico libro sugiriendo se escriban en la escueta lápida de la tumba de Azaña estas insuperables palabras pronunciadas por el difunto en Barcelona cuando se cumplía el segundo aniversario del inicio de las hostilidades. Son las siguientes:

“...Y cuando la antorcha pase a otras manos, a otros hombres, a otras generaciones, que se acordarán, si alguna vez sienten que les hierve la sangre iracunda y otra vez el genio español vuelve a enfurecerse con la intolerancia y con el odio y con el apetito de destrucción, que piensen en los muertos y que escuchen su lección: la de esos hombres que han caído embravecidos en la batalla luchando magnánimamente por un ideal grandioso y que ahora, abrigados en la tierra materna, ya no tienen odio,

ya no tienen rencor, y nos envían, con los destellos de su luz, tranquila y remota como la de una estrella, el mensaje de la patria eterna que dice a todos sus hijos: Paz, Piedad y Perdón” (14).

Antes de finalizar retomo lo que Reyero nos decía al comienzo de este escrito sobre “el momento en que mucha gente recupera la fe y la voluntad de Dios” (15).

Hemos visto en ese momento a una persona que, contra todo pronóstico, recuperó, ambas cosas. Otra que, según los medios de comunicación se afana en su recuperación. Ambos educados por religiosos y bautizados. Nos resta un tercero. Parece que no se educó con religiosos ni estaba bautizado pero vislumbró el problema y así nos lo mostró en forma bellísima legándonos, en uno de sus mejores libros esta expresión imperecedera: “En un amor, la mayoría busca una patria eterna. Otros, aunque muy pocos, un eterno viajar” (16).

Walter Benjamín fue detenido en Port Bou por la policía española, cuando huía de los alemanes; falleció como consecuencia de presiones sobre la autenticidad de su pasaporte. La conmoción del suceso propició la libertad de un grupo de judíos que le acompañaban. Quiera Dios que merced a su sacrificio haya alcanzado esa patria eterna que con tanto anhelo buscaba.

Gloria al Señor.

Madrid, 12 de diciembre 2006

Fernando Escardó

(1) Copia del texto enviado para su inserción en la página Web de la Comunidad de Oración de Fray Escoba perteneciente a la Renovación Carismática Católica en el Espíritu.

(2) “María Madre de la Gracia. Charlas del P. Pedro Reyero O.P.” Casa del Pan. Bethelém. Pág. 74.

(3) El subrayado es nuestro.

(4) Los subrayados son nuestros.

(5) El texto completo de los momentos finales de Azaña y las varias declaraciones orales y escritas del entonces Obispo de Montauban, Monseñor Theas, que le asistió a la hora de su muerte, aparecen expuestas con detalle en el capítulo 10 del libro de Federico Suárez Verdaguer sobre “Manuel Azaña y la Guerra de 1936” editado por Rialp en el año 2000.

(6) Federico Suárez Verdaguer, sacerdote del Opus Dei, obtuvo en 1948 la cátedra de Historia Moderna y Contemporáneo de España de la Universidad de Santiago de Compostela. En 1955 organizó la Escuela de Historia del Estudio General de Navarra, embrión de la Facultad de Filosofía y Letras de la que en 1960 quedó reconocida oficialmente como Universidad de Navarra. Es autor de numerosos libros.

(7) Como muestra de lo que aquí afirmo, véase una de la poquísimas conjeturas que, sobre este tema formula en su libro, pág. 178 ob. cit. Dice así:

“Sólo el que lo ha experimentado es capaz de describir el proceso de su conversión, y Azaña no lo hizo; por tanto, no es fácil establecer cuándo o por qué le sobrevino el cambio; pero, siquiera por una vez, quizá sea lícito conjeturar. Fue paulatino y comenzó con su nombramiento como Presidente de la República. Ya quedaron citados textos de cuando todavía convivían en él la arrogancia y la impotencia para dominar el caos que se desató después de las elecciones. Y, aunque probablemente no tuvo conciencia explícita de su transformación, a través de las Memorias de guerra se perciben las humillaciones repetidas a que fue sometido y que fueron erosionando su soberbia, y las ejecuciones y asesinatos que iban despertando su compasión. El tono de las Memorias de guerra es muy otro del que tienen las Memorias políticas; el espíritu de sacrificio lo fue adquiriendo cuando las circunstancias le fueron despojando de todo hasta tener que vivir de la ayuda impersonal y ajena en un hotel de segunda categoría (¡y había vivido en un Palacio Real!). Quizá influyó también el abandono – incluso económico – en que le dejaron los políticos que, en cambio, se aseguraron el porvenir. Pero esto son disquisiciones.”

(8) Ricardo Gasset, Dr. Acosta Miguel Maura, Julio de Jáuregui y otros muchos de menor relevancia asimismo recogidos en el capítulo 10 de su citado libro.

(9) Cuando detenido en la prisión de Porlier en noviembre de 1940 el director de aquella cárcel, Amancio Tomé, en presencia del agustino Félix García le preguntó si era cierto que su cuñado Manuel Azaña se había confesado antes de morir, Rivas Cherif contestó literalmente: “Y puede que sinceramente. Por la Iglesia se casó muy ostensiblemente el año 29. Y nunca le he oído renegar del bautismo”. (Cipriano de Rivas Cherif pág. 500 “Retrato de un desconocido” Ediciones Grijalbo, Barcelona 1979.

(10) Boletín mensual del decanato Luz Saint Sauveur, Hautes Pyrenées enero, febrero 1953; Le “Bulletin Catholique du Diocese de Montauban” de 7 de noviembre de 1940; “Boletín eclesiástico del Obispado de Vich”, diciembre 1958 y el

artículo de Gabriel María Verd S.J. en “Razón y Fe” diciembre de 1986 págs. 420-434 titulado “La conversión de Azaña”.

(11) Don Federico de Castro y Bravo, mi maestro en la vieja Universidad de San Bernando, definía el derecho positivo humano como “la reglamentación organizadora de una comunidad legitimada por su armonía con el derecho natural”.

(12) Federico Suárez, págs 186 y 187 obra citada.

(13) Federico Suárez pág. 16, obra citada.

(14) “Don Manuel Azaña Díaz”, Ediciones Nauta, Barcelona 1972, pág. 390.

(15) El subrayado es nuestro.

(16) Walter Benjamín en “Dirección única”. Cita tomada de “El pasajero de Montauban” de José María Ridaó, Ed. Galaxia Gutenberg, Barcelona 2003.